

## LA BIOGRAFÍA, CARLOS ESPLÁ Y LA MEMORIA DEL OLVIDO

Pedro Luis Angosto

“Por poco liberal que uno sea, o está uno en la emigración, o de vuelta de ella., o disponiéndose para otra. El liberal es el símbolo del movimiento perpetuo, es el mar con su eterno flujo y reflujo.....”

M. J. de Larra. *La Diligencia*, 1835

### 1. Cuestiones generales en torno a la biografía

Desde sus inicios, la biografía ha sido un género frecuentemente ligado al poder y manipulado por el mismo. La narración de la vida y milagros del jefe político se convirtió a lo largo de los siglos en uno de los instrumentos principales de la propaganda oficial y, también, de la denostación del enemigo. Los anaqueles de las bibliotecas rebosan de textos en los que, a través de múltiples manipulaciones y falsedades, se fue conformando la imagen de unos héroes que sólo existieron como tales en la mente de sus creadores e instigadores. En nuestro siglo, esta forma desprestigiada y fraudulenta de hacer historia ha seguido vigente en aquellos países que han estado bajo el dominio de regímenes totalitarios, caracterizados siempre por el culto insaciable al personaje que detenta el poder. Un ejemplo palpable ha sido el caso de España durante la dictadura franquista, periodo en el que abundan las biografías sobre el tirano y muchos de sus compañeros de viaje. De la Cierva, Galinsoga, Aznar, Pemán, Madrigal, Pla y Arrarás, por citar unos cuantos ejemplos sonoros, pusieron sus plumas al servicio de la historiografía oficial, construyendo una historia de buenos y malos en la que a cada personaje se le daban o quitaban atributos según la más absoluta de las arbitrariedades.

El mal uso que a lo largo del tiempo se ha hecho de la biografía histórica, lo que no quita para que existan muchos y excelentes

ejemplos de lo contrario –ahora se vive un momento esplendoroso–, propició que durante años fuese denostada como instrumento historiográfico válido. Seco Serrano afirma que se rechazaron como inviables proyectos de tesis doctorales por el simple hecho de ser biografías[1]. Todavía en nuestros días son muchas las voces críticas que cuestionan la validez del género, Ferrarotti afirma que “es acientífica y hunde a la historiografía en el subjetivismo irresponsable”[2]; E. Gallego le achaca un carácter perecedero al seleccionar su objeto por un rasgo pasajero como es la fama[3]; por su parte, Morales Moya, quien ya en 1987 escribe un artículo avisando sobre el auge de la biografía, la valoraba como algo epidérmico y superficial[4]. Sin embargo, no es esta la tendencia predominante actualmente. Fuera de España obras como *William Morris. De romántico a revolucionario*, de E. P. Thompson, *Saint Louis*, de J. Le Goff, o el *Hitler* de I. Kershaw[5], han revitalizado el género al dotarlo de un método, un enfoque y hasta un contenido nuevo: ya no se trata de narrar las proezas ni las intimidades de un personaje determinado, sino de explicar, a través de la reconstrucción de un itinerario vital, unos acontecimientos, o por el contrario, que los acontecimientos, las circunstancias nos sirvan para comprender por qué ese personaje fue o actuó de esa manera, cómo influyó el proceso histórico en él, como influyó él en el proceso histórico. En este sentido la biografía, en palabras de Hobsbawm, serviría para leer una sociedad[6]. La biografía se convierte, de ese modo, en instrumento valioso para la interpretación o la comprensión del pasado.

Pero al mismo tiempo que contemplamos este renacimiento inusitado de la biografía en casi todas las naciones de nuestro entorno, a la vez que se van desterrando ciertos prejuicios respecto a la misma, aparecen en el horizonte al menos dos riesgos nada desdeñables y que conviene resaltar, porque ambos son muy tentadores para cualquier historiador que intente adentrarse en la vida de un personaje público: el recurso continuo y abusivo al psicoanálisis puede conducirnos a una obra completamente subjetiva y carente de fundamentos veraces, sobre todo cuando el historiador no es un especialista en la materia y sólo ha tenido una formación episódica y circunstancial en la misma. Gertrude Himmelfarb, al hablar de la explicación psicoanalítica que Rudolf Binion da al Holocausto, critica la psicohistoria por el reduccionismo que hace de todas las categorías explicativas del proceso histórico, que además son imposibles de verificar y contrastar[7]. No se trata de desdeñar la subjetividad del historiador[8], que siempre existirá, ni su intuición, ni mucho menos de entrar en debates epistemológicos para los cuales no soy el más indicado, tan solo de mencionar la creencia que sostenemos de que la historia debe ser hecha por historiadores, el psicoanálisis por psicoanalistas y la lengua por los lingüistas, lo que no impedirá nunca que unos especialistas colaboren con otros o que unas disciplinas se sirvan de otras. Algo parecido ocurre con el narrativismo. La narración es, tal vez, la forma ideal de escribir una biografía. Sin embargo, la habilidad narrativa tampoco es una cosa que esté al alcance de todos y muchas veces el afán por dar un aire más ameno al relato, puede llevar a contar cosas absolutamente banales y que nada aportan a la

comprensión del personaje. Morales Moya ha señalado como una de las causas del reverdecer de la biografía histórica, la presión ejercida por el gran público deseoso de leer historia al viejo estilo[9]. Fontana ha incidido también en este peligro al asegurar que la pretendida asepsia de la narración puede no serlo tanto, ya que sobre ella gravita la avidez por conquistar a un mayor número de lectores o la vuelta a una historiografía tradicional que acabe por convertirla en un simple relato[10]. Por su parte, Julio Aróstegui dice que “la vuelta al narrativismo en sentido pleno sería simplemente un regreso a la oscuridad”, debiéndose buscar nuevas formas de representación que tengan en cuenta el camino andado, pero sin quedarse en él[11]. En esa misma línea está Robert Darnton al valorar negativamente el panorama abierto por la *Nueva Historia*, “atestada de curiosidades... aderezada convenientemente para ser sensacional y mermada en entidad para ser accesible”[12].

En España, la instrumentalización que el franquismo hizo sobre la historiografía en general y de la biografía en particular, provocó un rechazo hacia ese género en los primeros años de libertad, rechazo reforzado por las corrientes historiográficas dominantes en aquellos años. Desde finales de los ochenta parece que se atisba un cierto despertar y que poco a poco son más los historiadores que se enfrentan con el pasado a través de sus protagonistas más destacados. No pretendiendo hacer una historia total, cosa evidentemente difícil, sino aportar un enfoque nuevo, una explicación, un punto de vista distinto sobre un hecho, sobre un periodo determinado. Tal vez sean los trabajos de Álvarez Junco sobre Lerroux, de Santos Juliá sobre Azaña y de Julio Aróstegui sobre Largo Caballero[13], los que marcan en nuestro país el resurgir de este género de acuerdo con las nuevas pautas imperantes. En 1990, Álvarez Junco reivindicaba la biografía “como una de las formas más consagradas y legítimas de hacer historia”[14], afirmando que si hasta ese momento los historiadores se habían concentrado en entidades colectivas y abstractas como las naciones, las mentalidades, las clases o las estructuras, había llegado el momento de enfrentarse a realidades más aprehensibles y más primarias: las personas físicas, “en cuyas vidas, analizadas minuciosamente, se detectan, condensados, los múltiples condicionamientos y variables de la coyuntura histórica y del entramado social”[15]. Además, Álvarez Junco reclamaba un lugar destacado para el hombre en la historia, confiriéndole la posibilidad de intervenir en el proceso histórico: “Hay, ciertamente, individualidades que dejan sentir su peso sobre una situación colectiva hasta el extremo de dar la impresión de cambiar por sí solos el curso de la historia. Tanta influencia habría sido imposible sin un cúmulo de circunstancias favorables, pero tampoco puede asegurarse que todo sea ajeno a su empuje o genio personal”[16]. El individuo, el hombre no es el único motor de la historia, pero es un factor más a tener en cuenta, a valorar. Del mismo modo, la biografía es un instrumento más para conocer y explicar el pasado. No es algo bueno ni malo, depende de sus objetivos, de sus resultados y de sus

aportaciones al conocimiento historiográfico. Elliott, que básicamente coincide con lo expuesto por Álvarez Junco, reconoce en su biografía del Conde-Duque de Olivares los problemas del género, pero también sus innumerables virtudes, “ya que permite, mediante la narración cronológica, la ligazón de diversos avatares históricos que de otro modo aparecerían en compartimentos estancos”<sup>[17]</sup>, cosa muy apreciable en un momento de crisis de la historiografía, de predominio de la dispersión de concepciones y de desmigajamiento de temas<sup>[18]</sup>.

Al trabajo de Álvarez Junco sobre Lerroux, siguieron inmediatamente los de Santos Juliá y Julio Aróstegui, otras dos novedosas aportaciones al renacer de la biografía en España. Después se sucedieron lentamente un buen número de estudios en la misma línea de Javier Tusell, Mercedes Cabrera, J. María Marco, Paul Preston, Stanley G. Payne, A.I. Bonson, Borja de Riquer, Bruno Vargas, Carlos Blanco, Ángeles Egido, Andréé Bachoud, Vicent Carres, José Luis Ferris o Juan Francisco Fuentes, sin desdeñar los esfuerzos hechos con anterioridad por Alicia Alted, Ian Gibson, o Marta Bizcarrondo<sup>[19]</sup>. Sin embargo, pese a este auge, pese a las llamadas de atención sobre la cuestión de Pere Gabriel, Álvarez Junco o Javier Tussell<sup>[20]</sup>, la historiografía española contemporánea sigue adoleciendo de falta de biografías de los principales personajes históricos. Especialmente grave es esta cuestión en lo que respecta a los dirigentes de la Segunda República, tema, por otra parte, muy estudiado desde todos los ángulos posibles. En efecto, a día de hoy, transcurridos más de sesenta años desde el final de la guerra civil, resulta por lo menos llamativo que no contemos con un buen número de monografías sobre la vida de personajes tan notorios, y a la vez tan atractivos, como Juan Negrín<sup>[21]</sup>, hombre absolutamente clave para conocer la etapa final de la República y de la guerra civil, de Miguel Maura, de Alcalá Zamora, de Álvaro de Albornoz, de Nicolau d’Olwer, de Martínez Barrio, de Julián Besteiro, Indalecio Prieto o José Giral. Tan solo Azaña y Lerroux, sobre los que existen varios estudios, parecen escapar a este desierto incomprensible. Se pueden argumentar muchas razones, todas ellas de peso, la inaccesibilidad a fuentes de imprescindible consulta como pueden ser los archivos personales, la fragmentación de las mismas, las lagunas existentes en los archivos oficiales, pero nada justifica hoy ese tremendo vacío.

En ese sentido, me gustaría aprovechar estas páginas para reclamar una revisión de conjunto de muchos aspectos de la historiografía española referidos al periodo comprendido entre la proclamación de la República y la muerte de Franco, aspectos que abarcan desde el léxico utilizado por los historiadores hasta cuestiones de fondo. Las heridas abiertas por la guerra civil, mal solucionadas con los pactos no escritos que rodearon la transición y la promulgación de la Constitución de 1978, hicieron que durante muchos años los historiadores obviarán meter sus manos en temas que todavía resultaban demasiado espinosos. Ni el propio Partido

Socialista ni los historiadores que le son afines emprendieron, por ejemplo, la tarea de recuperar a Juan Negrín, personalidad, que como se ha dicho antes, es imprescindible para conocer aquella parte de nuestro pasado. Quiero decir con esto que cuando el estudio de la República, de la guerra o de la posguerra se centra en determinadas personalidades parece como si todavía hubiese cierta reticencia a entrar a saco en sus vidas y presentarlos tal como fueron. Parece como si todo siguiese guardado en un frágil recipiente de cristal que al tocarlo corriese el riesgo de romperse en mil pedazos. Ese “pudor” afecta también a la terminología usada por muchos historiadores y a la que yo, desde mis pobres conocimientos, me opongo radicalmente: no hubo un bando nacional y otro republicano, en todo caso el republicano sería el nacional; no hubo dos gobiernos enfrentados, el de Valencia y el de Burgos, hubo un Gobierno constitucional y unos militares sediciosos; los crímenes cometidos durante la guerra no lo fueron por igual en las dos zonas, en una había un ejército perfectamente organizado y con un mando jerarquizado que pergeñó auténticos planes de exterminio[22], en la otra un gobierno traicionado y desbordado que intentó, otra cosa es que lo consiguiera, que no se cometieran desmanes; tras la guerra, las víctimas no fueron fusiladas, esa palabra, pese a su dureza, parece darle cierto tono de legalidad a la tragedia, simplemente fueron asesinadas por un gobierno totalitario surgido de una rebelión contra un gobierno democrático; Inglaterra no fue sólo promotora del Pacto de No-Intervención, sino aliada necesaria de los insurrectos[23]; Franco no fue sólo el general Franco, además existen otras muchas cosas que fue, que casi nadie nombra, y que los historiadores tenemos la obligación de nombrar por simple decencia pedagógica: tirano, felón, asesino, sádico, etc, etc. Las palabras están para usarlas en su justo término y cuando alguien se rebela contra un gobierno elegido democráticamente, sostiene –según sus propias palabras- una guerra a sangre y fuego contra sus compatriotas, dirige fríamente un exterminio que avergüenza la propia condición humana y basa su gobierno en el terror hasta el mismo día de su muerte, no tiene otro calificativo que el de genocida y de ese modo hay que presentarlo a la sociedad. Hitler construyó muchas autopistas, acabó con el paro pero no deja por ello de ser un dictador sanguinario al que nadie, salvo algunos iconoclastas irresponsables, reivindicar. Así podría seguir páginas y páginas pero no es ese mi objetivo, sino llamar la atención sobre esas ocultaciones y tergiversaciones históricas, que dada su prolongación en el tiempo, han permitido que hoy quienes detentan el poder se permitan el lujo de presentar la actual democracia española como hija del funesto régimen franquista y que todavía haya muchos españoles que consideren a Franco un benefactor de la humanidad. El silencio es enemigo de la verdad, por tanto de la historia, y alguna responsabilidad tendremos los historiadores en la pervivencia de falacias de ese calibre.

## **2. Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá: una biografía política**

Por otra parte, inmersos de lleno en la crisis de los grandes paradigmas[24], aceptado, al menos por quien esto escribe, que ninguna interpretación del pasado podrá aspirar jamás a la validez universal y eterna[25], situada la historiografía española a la altura, en términos generales, de las más desarrolladas, ¿cómo explicar en un momento de búsqueda de nuevos caminos, de nuevas conceptualizaciones, de nuevos argumentos, esa increíble laguna que afecta directamente a un fragmento vital de nuestro pasado? Se esté de acuerdo con las formulaciones que sobre el objeto de la historiografía han hecho Febvre, Vilar, Hobsbawm, Stone o cualquiera de los grandes maestros, la realidad es que hoy apenas sabemos nada sobre Santiago Casares Quiroga, la persona que presidía el gobierno de España cuando se sublevó el ejército de África, continuando sin aclarar los múltiples interrogantes que su personalidad suscita. Pues bien, el objeto de mi biografía sobre Carlos Esplá va, otra cosa es que lo consiga, en esa dirección: la recuperación histórica de personajes que habiendo tenido un relieve notorio en su tiempo, por uno u otro motivo, hoy todavía forman parte de nuestra amnesia colectiva. Algunos de ellos, como el que ahora nos ocupa, muy poco conocidos no solo por el público en general, sino por muchos estudiosos, como lo demuestran las pocas referencias bibliográficas de que es objeto en la actualidad. Fueron hombres que ocuparon cargos de la más alta responsabilidad, sobresalieron en su profesión, gozaron de prestigio internacional e influyeron de una manera u otra en los acontecimientos en que se vieron inmersos. Sin embargo, hoy apenas son citados por los historiadores, no son conocidos en su ciudad natal, ni siquiera por sus descendientes, lo que además de ser lamentable, no ha dejado de ser un grave inconveniente para una investigación de este tipo.

Partiendo de lo expuesto por Martínez Shaw cuando cita a Samuel Johnson para definir la misión del historiador[26], considerando lo dicho por Santos Juliá al afirmar que ya no se puede limitar el pluralismo en nombre de ninguna ortodoxia[27], pensamos, siguiendo a L. Stone, que “es esencial volver a hacer un hueco en la historia para el cambio total y el papel del individuo excepcional”[28]. También creemos que la historia no puede tener preferencias. Como garante e interprete de la memoria de los pueblos no debiera elegir a los protagonistas, sino simplemente darlos a conocer de acuerdo con la notoriedad que tuvieron en un tiempo y contexto determinado, para, como indica Palacio Atard, hacer de ella “el mecanismo que nos ayude a comprender al hombre en su tiempo, lugar y circunstancia”[29].

Para conocer el pasado, o la temporalidad de lo social de que habla J. Aróstegui[30], es preciso estudiar la estructura económica, social y cultural de un tiempo, pero también saber quiénes y cómo eran los individuos que habitaban esa sociedad. Primeramente las

masas, porque son las que protagonizan y sufren la historia, después a quienes formaron las élites, gobernaron, hicieron empresas o escribieron libros, explicando su personalidad, su formación y las razones que les llevaron a actuar de un modo u otro, pero sin caer en lo que David Cannadine llama historia de la vida privada trivializada y plagada de generalidades vagas[31], porque eso nos apartaría de los que Ruiz Torres define como verdadero objeto de la historiografía: averiguar cuándo, dónde, cómo y por qué ocurrieron los hechos[32]. Para la tarea específica de reconstruir la vida de un personaje histórico sigue siendo válida, a nuestro modesto entender, la premisa trazada por L. Febvre: "El individuo histórico..., el personaje histórico más exactamente, se desarrolla en el grupo. Hay momentos en los que se separa del grupo y le muestra caminos nuevos. Pero para llevar a cabo su obra –la de un fermento que hace crecer la pasta-, es necesario que el individuo se sumerja de nuevo en el grupo"[33]; o por M. Bloch al decir que los hombres son más hijos de su tiempo que de sus padres, aserto corregido posteriormente por Le Goff al afirmar que los hombres son hijos de su tiempo y de sus padres[34].

Por esas directrices, bajo esas pautas quiso discurrir esta investigación, cuyo fin último no era otro que sacar a la luz pública la vida, la obra, las circunstancias y las razones de una persona de existir ajetreado y gran notoriedad en la primera mitad del siglo XX, de quien se desconocía casi todo. Al empezar mi trabajo fui perfectamente consciente de los recelos que todavía perseguían a la biografía histórica, a veces justificados porque, como afirma Elliott, no permite examinar directamente algunas de las cuestiones principales del debate historiográfico[35]. Comprendí que era uno de los géneros más difíciles para el historiador, por su vulnerabilidad a la crítica, por las dificultades metodológicas que plantea y por el inseguro de sus fuentes. También intuí que la inexperiencia no era la mejor consejera para empresas de este tipo. Pero, pese a ello, el ánimo que me dio el director del trabajo, el profesor Emilio La Parra, y mi deseo –no exento, y esa es la verdad, de impulsos rehabilitadores-, de escarbar en la vida de un hombre que consideraba útil para un mejor conocimiento de nuestra reciente historia, me decidieron a llevarla a cabo, aún a sabiendas de mis carencias personales y de las posibilidades de fracaso en que incurría.

Frecuentemente, la curiosidad por un suceso, por una situación, por una época o por un tema cualquiera, no es fruto de un acto premeditado, sino de la casualidad. Tal es el caso a que nos estamos refiriendo. Indagando para buscar datos sobre unos hechos determinados, como si del hilo de una madeja escondida se tratara, surgen otros que nos plantean interrogantes o suscitan nuestra curiosidad. Así, de la lectura y análisis continuado de la prensa de un periodo dado, no sólo se extraen materiales para la investigación en curso, sino otros muchos que, si bien no sirven en ese momento, dejan una señal de aviso sobre su futuro interés. Mi acercamiento a

la obra y personalidad de Carlos Esplá deriva de otros trabajos anteriores relacionados con la Historia de la Prensa alicantina y es, por tanto, accidental. De Esplá tenía vagas referencias relativas a acontecimientos puntuales, pero nada más. Me sorprendió la calidad de sus artículos, la enorme preparación intelectual que de ellos se desprendía, la extensa galería de personajes que describían y el prestigio que, poco a poco, iba adquiriendo en cuantos ámbitos desenvolvía su vida. También me llamó la atención que, salvo alguna mención en enciclopedias recientemente editadas o en determinadas monografías, apenas se le citase. Contrastaba la abundancia de citas en los medios periodísticos de su tiempo, con el desconocimiento de nuestros días. De este conocimiento de Esplá a través de sus escritos y de la prensa alicantina coetánea, surgió un interés creciente que me llevó a sospechar que detrás del periodista – aún siendo ya suficiente, pues su calidad literaria es extraordinaria- había algo más: a verificarlo dediqué ocho años de investigación buceando en archivos, preguntando a personas de muy diverso tipo, consultando libros y comprobando como de veras el olvido se había convertido en memoria, como se había destruido sistemáticamente una parte de nuestro pasado hasta borrarlo y no dejar la más mínima huella, salvo la que nace de la calumnia y la infamia pertinaz.

Carlos Esplá Rizo fue un alicantino nacido a finales del siglo XIX –coincidiendo con el ocaso definitivo del imperio colonial español-, que desde muy joven actuó como protagonista de muchos acontecimientos del periodo que le tocó vivir. Procedente de una familia de la burguesía alicantina, iniciose tempranamente en el periodismo junto a los hermanos Botella y bajo a los auspicios del Dr. Rico y el poeta Sellés. Redactor del periódico alicantino *El Luchador*, más tarde lo fue de *El Pueblo* -el diario de Blasco Ibáñez y Azzati-, llegando en la década de los años veinte a ser uno de los periodistas más solicitados y elogiados por la prensa del momento, desde *El Liberal* de Bilbao a *La Vanguardia*, pasando por *El Herald*, *La Voz*, *El Sol*, *El Liberal* de Madrid, *Crisol*, *Luz*, *La Calle* o *Diario de Alicante*. Fundó y dirigió *España con Honra*, el periódico de los exiliados en París donde escribieron Unamuno y Blasco Ibáñez, y *Política*, órgano oficial de Izquierda Republicana; fue secretario y vicepresidente de la Asociación Internacional de Periodistas de la Sociedad de Naciones; sus crónicas y escritos recibieron elogios de Andrenio, José Pla, Roberto Castrovido, Miguel de Unamuno o Rafael Altamira. Por otra parte, viajero incansable, hombre de acción, colaboró con Blasco Ibáñez en algunos de sus manifiestos, fue uno de los principales organizadores del exilio español en París durante la dictadura de Primo de Rivera. Artífice de la reconciliación entre Blasco y Unamuno, de cuyo afecto disfrutó mientras estuvo en París, fue amigo de Edouard Herriot, José Sánchez Guerra, Indalecio Prieto, Jean Cassou, Eduardo Ortega y Gasset, Marcelino Domingo, Víctor Basch, Aurelio Natoli, Randolpho Pacciardi, Pío Baroja..., Gobernador Civil de Alicante y Barcelona, Subsecretario de Gobernación, Presidencia y Estado, Ministro..... En definitiva, una personalidad pública de primera magnitud, un hombre de una honradez insobornable, que debiera ocupar un lugar distinto en la historia

del que hasta ahora se le ha atribuido. Santiago Castillo, hablando del fundador del Partido Socialista Obrero Español, decía que había que “volver a meter a Iglesias en la historia”, que había que sacarlo del infierno o del limbo de los justos, “terrenos ambos poco propicios al análisis histórico”[36]. A Carlos Esplá, sin embargo, no había que sacarlo ni del infierno ni del cielo, porque no estaba en ninguna parte, simplemente había que *meterlo* en la historia.

Carlos Esplá, como indica Le Goff para su San Luis, fue un hombre que se hizo a sí mismo, pero sobre todo fue un hijo de su tiempo[37], del momento que le tocó vivir. Del desastre del 98, de la Semana Trágica, del caciquismo, de las empresas de Ortega, de la Gran Guerra, de la huelga del 17, de la Institución Libre de Enseñanza, de la dictadura de Primo de Rivera, de la crisis del 29 y de todos aquellos acontecimientos que acompañaron sus años de formación intelectual y humana, sin cuya comprensión sería difícil entender su personalidad y actitud vital, pública y privada. Hijo de su tiempo, de sus padres, pero ante todo de sus abundantes maestros – Rico, Sellés, Castrovido, Domingo, Hurtado, Blasco, Unamuno, Azaña o Prieto- la vida de Esplá es un proceso de continuo aprendizaje. Nacido en el seno de una tradicional familia republicana alicantina, que le educa en el amor a la libertad, la justicia y el trabajo, que le entera de las luchas revolucionarias pasadas y le habla de la vieja amistad familiar con el general Prim, de quien conservan algunos objetos en casa, una casa, además, adornada de cuadros, libros y simbolismos de los grandes republicanos europeos, y frecuentada por los prohombres del partido en la ciudad, su formación inicial tenía forzosamente que dejar huella en su personalidad. Bien pronto, el Dr. Rico y el poeta Sellés, asiduos al hogar familiar, se fijarán en el niño de carácter bonachón y mirada despierta que atiende con suma atención la conversación de los mayores. Le adoptan como a un hijo, le eligen como su principal discípulo inculcándole con sus enseñanzas el espíritu crítico, el compromiso ético con la vida y la voluntad de lucha contra la injusticia que caracterizaron toda su vida. Los consejos de Sellés y Rico harán de Esplá un hombre bueno, pero un hombre bueno que no se conforma con las miserias de la realidad circundante, sino que se rebela contra ella para intentar cambiarla. El impulso ético de sus maestros alicantinos se unirá a su tremenda vitalidad, a sus deseos de aprender y de actuar para cambiar las cosas, cristalizando en un compromiso político a prueba de escepticismos a la luz de las hogueras de 1909 y del fusilamiento de Ferrer, verdadero punto de partida para la entrada de Esplá en la vida pública y en las luchas antimonárquicas, luchas que le llevarán al destierro por su ímpetu, inexperiencia y entrega. Más tarde, Rico, siempre pendiente de su trayectoria, le aconsejará que administre mejor su fuerza, que serene su ánimo, pues de poco valía un republicano encarcelado o un periodista amordazado.

Desde bien joven, Esplá destaca entre sus compañeros por su ingenio, su atrevimiento y su capacidad de observación y de trabajo. Siguiendo sus años de juventud se adivina lo que será en el futuro. Lee con fruición, con avidez, los libros que le entrega su abuelo

Rafael, el padre de los Botella o sus maestros; devora periódicos como si en ello le fuera la vida; observa y calla, calla sin rechistar cuando hablan personas de las que cree puede aprender algo. Interioriza lo oído. Luego escribe en un periódico un artículo furibundo contra un político monárquico o interviene en un mitin prohibido. Ni el miedo ni el interés personal son factores a tener en cuenta. Se va formando, adquiriendo una cultura elevada por su curiosidad personal, pero sobre todo para ser alguien útil a las luchas por el *ideal*. Sin embargo, el joven Esplá, a pesar de tener condiciones para ello, no es un líder, no quiere ser un líder, es un trabajador tenaz, un hombre de acción, ese papel lo deja para otros hombres de su generación, unas veces Álvaro Pascual, otras Alonso Mallol, después a otros a quienes considera más preparados. Él aprende, escucha y actúa. Nunca querrá ser jefe de nada.

Eugenio Noel, la revista *España*, Roberto Castrovido, Félix de Azzati, Vicente Blasco Ibáñez, Miguel de Unamuno, Amadeo Hurtado, Manuel Azaña e Indalecio Prieto terminarían por dar forma a la personalidad de un hombre que antepondrá siempre una concepción ética e idealista del mundo a cualquier otro factor. Pero, necesario es, para no confundir al lector, advertir que no estamos ante un hombre frío, aburrido, mohíno o mojigato. Esplá es, ante todo un hombre llano con una enorme vitalidad y un fuerte atractivo personal. Su carácter abierto, simpático, sus ocurrencias, su astucia y sus ganas de vivir y de aprovechar todo lo que la vida le ofrezca en cualquier momento, harán de él una persona que, como dirá Castrovido, cautive a cuantos le conozcan directamente, desde el Dr. Rico a Indalecio Prieto, pasando por Azaña, Blasco Ibáñez, Unamuno y tantos otros. Esplá es un hombre austero y disciplinado, nunca dejará de lado una obligación, un trabajo, una misión porque le apetezca hacer otra cosa. Pero, al mismo tiempo, es una persona que disfruta, que goza de los placeres de la vida, al que gusta comer, beber, pasear, ir al cine y hablar con los amigos hasta altas horas de la madrugada. Hablar y escuchar. Hablar con los amigos en un *bistrot* de París, hablar con los personajes populares del puerto de Alicante o de Montparnasse, o escuchar a Castrovido en *la Democracia*, a Unamuno en *La Rotonde* o a Azaña en los paseos nocturnos por Madrid.

Este trabajo, la primera biografía que se hace de Carlos Esplá, no se ocupa fundamentalmente de la naturaleza y mecanismos del poder, ni de las condiciones en que éste se ejerció, como hace Ian Kershaw para su Hitler[38], ya que Esplá no es un personaje carismático que protagonice excepcionalmente un periodo de la historia, detentando el poder de forma personal. Su presencia en puestos de responsabilidad no supera los cuatro años. Por el contrario, lo que aquí se hace está más en consonancia con lo hecho por Preston en su biografía de Franco[39], quien, al igual que lo pretendido en este trabajo, no trató de hacer una historia del siglo XX, ni un estudio sobre los diversos rasgos de la dictadura, “sino tan solo un estudio pormenorizado del hombre”[40], pero básicamente del hombre en su

dimensión pública y en sus circunstancias, aunque valorando, naturalmente, la diferencia existente entre ambos personajes, uno repetidamente analizado por los historiadores, otro casi ignorado, hecho que en este caso me obligó a una reconstrucción y una explicación total del biografiado y su trayectoria vital. En este sentido, en el presente trabajo se repasan los acontecimientos que influyeron especialmente en la vida de Esplá, también, como es obvio, aquellos en los que tuvo un papel destacado, pero no se entra a fondo en casi ninguno de ellos por razones metodológicas, ya que se trata de una biografía y no de otra cosa. Me interesó ante todo dibujar el aspecto público del personaje, su pensamiento, su ética, las circunstancias en que se movió, su actitud ante los acontecimientos que le tocó vivir y recuperar su memoria para integrarla en la de todos.

He intentado contemplar el mundo a través de sus ojos[41] y contemplarlo a él a través de quienes le conocieron y de sus actos. Y esto se ha querido traspasar al relato, dándole un ritmo más vivaz y dinámico hasta la guerra civil –periodo que Esplá contempla lleno de esperanza e ilusión-, y más lento y austero para la etapa de posguerra, en la que Esplá, aunque sigue siendo un hombre comprometido hasta la médula y no ha perdido su fe en el porvenir, siente el presente de España como un tremendo dolor, como una inmensa confusión de la que será muy difícil salir.

Para la realización de éste trabajo, como ocurre en todos, fue preciso consultar múltiples archivos públicos y privados. De entre los primeros, lo más interesante fue lo encontrado los archivos nacionales de Salamanca, Madrid y Alcalá de Henares, en el de la Presidencia y en el de la Casa Museo Miguel de Unamuno. De los segundos, la correspondencia que albergan el Archivo Julio Just de Alboraya y el de Guillermina Medrano y Rafael Supervía en Valencia[42]. Desde el principio de la investigación, sabía de la existencia de un archivo personal de Carlos Esplá en Méjico, pero no conocía ni el nombre ni el paradero de sus propietarios. Por referencias del propio Esplá y de algunos de sus amigos, intuía la calidad de los materiales que pudiera albergar, lo que me planteaba un grave problema: ¿podíamos seguir la investigación presumiendo la existencia de una amplísima documentación sobre el personaje a la que no podíamos acceder?. Tal vez, pero el resultado habría sido muy incompleto y fácilmente refutable, ya que los papeles de Esplá podían ser contradictorios con algunos de los manejados hasta entonces. Así las cosas, inmerso de lleno en la investigación, pero un tanto desmoralizado por la falta de documentación suficiente, me dispuse a averiguar dónde y en manos de quien estaba el citado archivo. El trabajo no fue fácil, pues no disponía más que de un nombre de un familiar facilitado por la única pariente de Esplá que pudimos localizar en Alicante. El problema es que el nombre que nos dio era erróneo. Empecé a combinar apellidos presuntos y a preguntar su número de teléfono en Méjico, hasta que después de muchísimas llamadas infructuosas localicé a la hija de un sobrino político de Esplá,

heredera de lo único que éste había dejado en la capital azteca: su casa y su archivo. Después de muchas horas de conversación telefónica llegamos a un acuerdo para que el archivo viniese a España. La cantidad ingente de cartas y documentos originales sobre ARE, la JARE, la CAFARE o la JEL y en general sobre las instituciones y las más destacadas personalidades del republicanismo y del exilio que contenía el archivo, aportaron una información absolutamente esclarecedora, aunque limitada en el tiempo al periodo de posguerra, ya que el archivo español de Esplá, que juzgamos de sumo interés, quedó en España confiado a una familia valenciana y todavía no se ha localizado.

La bibliografía manejada fue amplia y diversa, desde enciclopedias al uso a memorias, libros de historia general y local, monografías, separatas, revistas, pasando por los escritos del mismo Carlos Esplá: dos recopilaciones de artículos: *De la Lucha y Zarabanda franquista*<sup>[43]</sup>; dos ensayos biográficos: *Unamuno, Blasco Ibañez y Sánchez Guerra en París*, y *Amadeu Hurtado, un lliberal europeu*; además de varios discursos y miles de artículos de prensa, todos ellos muy valiosos para explicar la personalidad y actuación pública de Esplá. De gran valor fueron los libros de Francisco Casares, José María Carretero y Novillo, Artemio Precioso, Francisco Cossío, Francisco Madrid, Braulio Solsona, Vicente Marco Miranda, Emilio Ayensa y Rafael Sánchez Guerra, publicados en las décadas de los años veinte y treinta y desaparecidos de la circulación comercial hace mucho tiempo. En la mayoría de los casos, estos títulos pude consultarlos en la Biblioteca Nacional de Madrid, la Biblioteca Nacional de Francia y la del Ateneo de Madrid.

A pesar de las muchas carencias que presenta esta investigación, para su finalización fue indispensable la valiosísima colaboración, en todos los sentidos, de Guillermina Medrano, maestra excepcional exiliada en los Estados Unidos, republicana de corazón e íntima amiga de Esplá, quien me descubrió con el mayor de los cariños los pormenores y *pormayores* de la vida de Carlos Esplá, confirmando mis suposiciones sobre su trayectoria vital. Las aportaciones documentales y orales del Licenciado Juan Bautista Climent Beltrán, miembro en su tiempo de las Juventudes Republicanas de Méjico y en la actualidad prestigioso abogado en la capital mejicana, quien a pesar de su avanzada edad me envió sustanciosa información sobre Esplá, al que conoció profundamente. La orientación de Ignacio Ruiz Alcaín, director del Archivo de la Presidencia del Gobierno, que me ayudó más de lo que su profesionalidad le exigía. La magnífica disposición de María José Sigalat, encargada del Archivo Julio Just de Alboraya, que me facilitó toda la correspondencia entre Just y Esplá, aún antes de acabada la catalogación del mismo. También, la aportación de Alicia Alted y todo el personal de la FUE que pusieron a mi disposición todo su saber y el Archivo General de la República, además de la inmensa labor que están llevando a cabo, junto a María Fernanda Mancebo y otros muchos investigadores, para recuperar la memoria de los exilios

españoles contemporáneos. Por último, señalar que sin Emilio La Parra, Director en 1994 del Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, organismo que aportó la única ayuda económica que tuve, y posteriormente director de mi tesis doctoral, nunca podría haber salido a la luz la vida de Carlos Esplá hoy plasmada en el libro *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá: una biografía* política, libro recientemente editado por Biblioteca Nueva. Tampoco habría sido posible sin la confianza de Francisco Moreno, también miembro del citado organismo en aquellas fechas, que contó conmigo para la elaboración de la Historia de la Prensa de Alicante, gracias a lo cual conocí los escritos de Carlos Esplá.

### 3. La perdurabilidad del olvido o el resultado de un exterminio cultural

Como se ha insinuado anteriormente la historia oral no ha sido ajena a la conclusión de esta obra, si bien, otra vez el silencio, la desmemoria, la vigencia del olvido, los frutos contaminados de la dictadura franquista nos jugaron malas pasadas, cuando no opusieron trabas insalvables. En toda la ciudad de Alicante, ciudad en la que Esplá nació, creció y se formó, ciudad en la que tuvo cientos de amigos, de conocidos y en la que era sumamente querido y respetado, no encontré a una sola persona que pudiera contarme algo sobre él, siquiera una anécdota. Resulta tremendo, incluso desgarrador, al menos para quien esto escribe, comprobar hasta que punto pudo llegar la vesania de un régimen, de un hombre, de unos hombres, dispuestos no sólo a borrar a miles de personas del mundo de los vivos, sino también a arrebatarnos del mundo de los muertos, a desaparecerlos de los recuerdos de los individuos. Otra vez el teléfono fue intermediario eficaz para esta comprobación, llamé a todos los Esplá de Alicante y Valencia, ninguno –excepción hecha de Paquito Esplá, pariente lejano suyo que había tenido un ligero contacto epistolar con él por motivos taurinos en los años cincuenta- dijo ser pariente ni saber absolutamente nada del personaje en cuestión. Recorrí comercios, oficinas, casas en la que sabía vivían personas con ese apellido. Igual. Nada de nada. Lo mismo ocurrió con los apellidados Rizo, apellido materno de Esplá. Lo mismo con los apellidos de sus más íntimos amigos: Alonso, Mallol, Pascual, Leone, Farga. Todos desaparecidos, borrados, eliminados, sepultados.

¿Cómo utilizar, entonces, las fuentes orales tan en auge en los últimos tiempos? En lo referido a Alicante, de ninguna manera. Imposible. Quedaba acudir a otras provincias a otras naciones. He destacado anteriormente la ayuda que me proporcionó Guillermina Medrano y en efecto fue valiosa tanto para la investigación como para mí propia formación. En ella pude comprobar como, a pesar de las muchísimas tragedias vistas y sufridas, eran aquellos hombres y mujeres de la República que tuvieron que abandonar España

obligados por la barbarie medieval que en ella se aposentaba. Su tremenda dignidad, su compacta formación intelectual, su memoria fotográfica guardada como un tesoro en lo más hondo de su ser, su amabilidad, su patriotismo liberal, su lealtad a los ideales de progreso, libertad y justicia que representaba aquel régimen, su educación, su austeridad, explicándome en la primera conversación telefónica que tuve con ella por qué sobrevivieron a la tristeza, al dolor y a la espera desesperanzada. Guillermina Medrano conoció a Esplá en los últimos momentos de la guerra, cuando éste se afanaba en Barcelona por destruir ficheros de todos los partidos en un intento desesperado por sustraer víctimas a la ambición sangrienta de Franco. Ella le ayudó. Después salieron al exilio. Tras duros años en Santo Domingo junto a su esposo Rafael Supervía, años en los que, en condiciones de vida terribles, colaboraron íntimamente con Esplá en la organización de la ayuda a los refugiados que iban llegando a América, Guillermina y Rafael se trasladaron a Estados Unidos, instalándose en Washington, ciudad en la que reanudaron sus tareas pedagógicas, ella en una escuela pública – fue nombrada mejor maestra de Estados Unidos en una ocasión- él en la Universidad, llevando a cabo, al mismo tiempo, una enorme labor de oposición a la dictadura franquista, organizando manifestaciones, recaudando fondos, dirigiendo escritos a las autoridades norteamericanas y entrevistándose con personalidades de todo tipo. Por su casa pasaron políticos, escritores, hombres de ciencia, convirtiéndose en un lugar obligado para los exiliados españoles: Vicente Llorens, Ramón J. Sender acudían asiduamente. Cuando Esplá, allá por el año 1951, ingresó como traductor en Naciones Unidas, la casa de Guillermina y Rafael se convertiría en su auténtico hogar, en su pequeño hogar valenciano al otro lado del océano. Su amistad llegó a tal intimidad, que fueron Guillermina Medrano y Rafael Supervía quienes se encargaron de cuidar a Esplá en su casa tras la gravísima perforación estomacal que sufrió en 1956. En los años siguientes los contactos entre ellos fueron tan frecuentes como íntimos y sinceros. Para Esplá fueron su auténtica familia. Se veían en Washington, en Nueva York o en México, ciudad a la que solía acudir Guillermina con sus alumnos aprovechando las vacaciones de Esplá. Guillermina Medrano fue tal vez la última persona, de entre sus amigos íntimos, que le vio tras la grave depresión que le apartó de Naciones Unidas y de la vida pública en general. Don Carlos – como gusta a ella nombrarle- vivía apartado en su casita mejicana envuelto como siempre entre periódicos y libros, pero sin salir a ningún lado. Sería el año sesenta y nueve, dos años antes de morir. De morir, en palabras de Guillermina, de tristeza, de dolor de España.

También fueron esclarecedoras mis entrevistas con José Ramón Mena, miembro de la redacción de *El Luchador*, secretario de Álvaro Botella en la Diputación de Alicante y exiliado en Toulouse desde el final de la guerra, con quien he hablado muchísimas veces y ha puesto, y sigue poniendo, a mi disposición todos sus recuerdos, sus anécdotas, su saber. Las conversaciones con Ramón Gaya, colaborador de *Hora de España*, con Francisco Ayala, con Santiago Carrillo, con Jesús Bernárdez, miembro de Izquierda Republicana y

colaborador íntimo de Esplá en México y muy tardíamente con sus sobrinas Pepita y María Teresa Navarro Esplá, quienes tras salir de España en el Stanbrook, regresaron y supieron en sus carnes lo que era apellidarse Esplá en la España de posguerra.

Una parte de la historia de España, una parte excelsa de los protagonistas de esa historia, sigue todavía arrinconada, perdida, arrumbada en cientos de pueblos de Francia, en cientos de pueblos de América, del Norte de África. Asociaciones como AEMIC, GEXEL o REXEL, que por cierto dispone de un portal específico en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, portal que se complementará magníficamente con los fondos del archivo de Carlos Esplá, comenzaron hace unos años esa tremenda labor de rescate que poco a poco comienza a dar sus frutos. Sin embargo, son iniciativas que dependen del voluntarismo, carentes de fondos que posibiliten una labor eficaz para una empresa de tan enorme calibre como perentoriedad. Del mismo modo que el archivo de Carlos Esplá pudo ser recuperado *in extremis* por una serie de circunstancias que confluyeron en ese momento, cientos de archivos, de publicaciones, de diarios íntimos de exiliados han desaparecido en los últimos tiempos o están a punto de hacerlo en los próximos. La situación económica convulsa de países como México o Argentina, donde probablemente estén todavía los fondos más ricos, el distanciamiento generacional producido por el paso del tiempo, la pérdida de raíces personales e históricas de sus actuales propietarios y la incuria de la administración española, principal responsable de la situación, están a punto de dar por culminado uno de los principales objetivos del régimen franquista: borrar de la historia a quienes fueron sus protagonistas, a quienes fueron sus víctimas. Sin embargo, de haber voluntad para ello, todavía estaríamos a tiempo de recuperar una parte sustancial de esa *Numancia Errante* de que hablaba Luis Araquistain, de completar un pedazo trágico de nuestro pasado que va camino de ninguna parte, porque todavía son muchos los que, al salir jóvenes de España, sobreviven en México y guardan celosamente la memoria de sus padres, la memoria de sus vidas, todavía son muchos quienes, aún siendo de la segunda generación o tercera generación, no han olvidado quienes son, de dónde vinieron y por qué tuvieron que partir. La tarea es impresionante, casi imposible, pero es del mismo tamaño por lo menos lo que la justicia y la historia reclaman.

---

[1] SECO SERRANO, Carlos, “La biografía como género histórico”, en *Once estudios sobre la historia*. Fundación Juan March. Madrid, 1976, p. 170.

[2] FERRAROTTI, F., *La historia y lo cotidiano*. Península, Barcelona, 1991, pp. 122-123.

[3] GALLEGO, E., “Flotante en la biografía”, en *Revista de Occidente*, nº 74-75 (1987), p. 55.

[4] MORALES MOYA, A., “En torno al auge de la biografía”, en *Revista de Occidente*, nº 74-75 (1987), p. 61.

[5] THOMPSON, E. P., *William Morris. De romántico a revolucionario*. Alfons el Magnánim, Valencia, 1988; LE Goff, J., *Saint Louis*. Gallimard, París, 1996; Kershaw, I.: *Hitler, ensayo sobre el carisma en política*. Gallimard, París, 1995.

[6] HOBBSBAWN, ERIC J. y STONE, L.: “La historia como narrativa”, en *Debats*, nº 4 (1982), p. 106. Debate en torno al narrativismo entre Stone y Hobsbawm.

[7] Citado por MORADIELLOS, E., “Últimas corrientes en historia”, en *Historia Social*, nº 16 (primavera-verano 1993), pp. 97-113; HIMMELFARB, G., *The new history and the old*. Harvard University Press, 1987, pp. 10 y 37-40.

[8] ÁLVAREZ JUNCO, J., *El emperador del Paralelo. Lerroux o la demagogia populista*. Alianza, Madrid, 1990, p. 9. En la introducción de este libro, Álvarez Junco dice lo que sigue: “por muchas declaraciones metodológicas que se esgriman, la subjetividad del autor es y será siempre un tema decisivo”.

[9] MORALES MOYA, A., “Biografía y narración en la historiografía actual”, en AAVV., *Problemas actuales de la historia. III Jornadas de Estudios Históricos*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1993, p. 230.

[10] FONTANA, J., *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, 1992, pp. 17, 22 y 23. Para la polémica sobre el narrativismo, véase: *Debats*, nº 4 (1982); CHARTIER, R., “Narración y verdad”, en *El País*, 29 de julio de 1993; DANTO, A. C., *Historia y narración*, Barcelona, 1989; ARÓSTEGUI, J., *La investigación histórica. Teoría y método*, Crítica, Barcelona, 1995.

[11] ARÓSTEGUI, J., *La investigación histórica...*, p. 261.

[12] Citado por MORADIELLOS, E., “Últimas corrientes...”, pp. 97-113.

[13] ÁLVAREZ JUNCO, J., *El Emperador del Paralelo...*, Madrid, 1990; JULIÁ, S., *Azaña. Una biografía política*, Alianza, Madrid, 1990; ARÓSTEGUI, J., *Francisco Largo Caballero en el exilio*, Madrid, 1990.

[14] ÁLVAREZ JUNCO, J., *El Emperador del Paralelo...*, p. 10.

[15] *Ibídem*.

[16] *Ibídem*, p. 12.

[17] ELLIOT, J., *El Conde-Duque de Olivares*, Crítica, Barcelona, 1990, p. 10.

[18] JULIÁ, S., “¿La historia en crisis?”, en *El País*, 29 de julio de 1993.

[19] TUSELL, J. *Antonio Maura. Una biografía política*, Alianza, Madrid, 1994; *Alfonso XIII. El rey polémico*, Taurus, Madrid, 2001; CABRERA, M., *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*, Alianza, Madrid, 1994; PRESTON, P., *Franco, caudillo de España*, Grijalbo, Barcelona, 1994; PAYNE, Stanley G., *Franco, el perfil de la historia*, Espasa-Calpe, Madrid, 1992; BONSON, I. A., *Joaquín Maurín (1879-1973). El impulso moral de hacer política*, IEA, Huesca, 1994; DE RIQUER I PENMAYER, B., *L'últim Cambó (1936-47): la dreta catalanista davant la guerra civil i el primer franquisme*, Barcelona, 1995; VARGAS, B., *Rodolfo Llopiés (1895-1983). Una biografía política*, Planeta, Barcelona, 1999; ALTED VIGIL, A., *Azaña, pensamiento y acción*, Madrid, 1989; Gibson, I., *Federico García Lorca*, Londres, 1989; *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936*, Barcelona, 1986; Bizcarrondo, M., *Araquistain y la crisis socialista en la II República. Leviatán, 1934-36*, Madrid, 1975; BLANCO, C., *General Mola*, La Esfera, Madrid, 2002; EGIDO LEÓN, A., *Francisco Urzaiz. Un republicano en la Francia ocupada. Vivencias de la guerra y el exilio*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001; BACHOUD, A., *Franco*, Crítica, Barcelona, 2001; CARRES IGLESIAS, V., *En el filo de la navaja. Biografía política de Luis Lucía*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002; FUENTES, Juan F., *Luis Araquistain y el socialismo español en el exilio, 1939-1959*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002; FERRIS, José L., *Miguel Hernández*, Temas de Hoy, Madrid, 2002.

[20] GABRIEL, P., “El marginament del republicanisme i el socialisme”, en *L’Avenç* (1985), pp. 34-38; ÁLVAREZ JUNCO, J., *El emperador del Paralelo...*, p. 10: dice Álvarez Junco cuando escribe este libro que “hay una tremenda escasez de biografías de personajes políticos de la España de los siglos XIX y XX”, afortunadamente hoy esta cuestión comienza a ser superada; TUSELL, J., *Antonio Maura...*, p. 10. En el mismo sentido insistía Tusell: “La historiografía española tiene como laguna importante la carencia de estudios sobre los personajes que han tenido un protagonismo decisivo...”.

[21] Juan Marichal, en un artículo publicado por *El País* el 7 de abril de 2002, volvía a insistir en la necesidad de recuperar a Negrín para la historia, para la vida.

[22] Véase al respecto, CASANOVA, J., *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Crítica, Barcelona, 2002.

[23] Véase, BERDAH, JEAN F., *La democracia asesinada*, Crítica, Barcelona, 2002.

[24] ARÓSTEGUI, J., *La investigación histórica...*, p. 128.

[25] JULIÁ, S., “¿La historia en crisis...?”.

[26] MARTÍNEZ SHAW, C., “Tres puntos débiles. El fin de la historia de Francis Fukuyama como estímulo al pensamiento de izquierda”, en *El País*, 29 de julio de 1993; dice Shaw: “el estado actual de las cosas es consecuencia de lo anterior, y es natural indagar cuáles fueron las causas del bien que disfrutamos o del mal que padecemos. Si actuamos solos por nuestra cuenta, descuidar el sentido de la historia no es prudente, si se nos ha confiado el cuidado de otros no es justo...”.

[27] JULIÁ, S., “¿La historia en crisis...?”

[28] STONE, L., “Una doble función: las tareas en las que se deben empeñar los historiadores del futuro”, en *El País*, 27 de julio de 1993.

[29] Citado por LACOMBA, JUAN A., *Ensayos sobre el siglo XX español*, Madrid, 1972, p. 212.

[30] ARÓSTEGUI, J., *La investigación histórica...*

[31] CANNADINE, D., “Throust the keyhola”, en *The New York Review of Books*, noviembre (1991), pp. 34-38.

[32] RUIZ TORRE, P., “Los discursos del método histórico”, en *Ayer*, nº 12 (1993), pp. 47-77.

[33] FEBVRE, L., *Combates por la historia*, Planeta, Barcelona, 186, p. 126.

[34] LE GOFF, J., *Saint Louis...*

[35] ELLIOT, J., *El Conde-Duque...*, p. 10.

[36] CASTILLO, S., “El socialismo español (1879-1909). Una revisión bibliográfica”, en *Historia Social*, nº 1 (1988), p. 137.

[37] LE GOFF, J., *Saint Louis...*

[38] Kershaw, I., *Hitler...*

[39] PRESTON, P., *Franco, caudillo...*

[40] *Ibíd.*, p. 17.

[41] PARKER, G., *Felipe II*, Alianza, Madrid, 1984, p. 17.

[42] En la actualidad este archivo se encuentra depositado en la Biblioteca Valenciana por deseo expreso de su propietaria.

[43] ESPLÁ RIZO, C., *De la lucha*, Alicante, 1916; *Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París*, Buenos Aires, 1940; *Azaña, una vida al servicio de España*, Méjico, 1942; *Azaña y su verdad*, Méjico, 1944; D. *Amadeu Hurtado, un liberal europeo*, Méjico, 1952; *Zarabanda franquista*, Méjico, 1954.